

ANT-XIX-1288/M

NECROLOGÍA

DEL DOCTOR

D. ANTONIO SALADO Y MORENO

CATEDRÁTICO FUNDADOR

DE LA ESCUELA MÉDICA DE SEVILLA

Y EMINENTÍSIMO CIRUJANO,

LEIDA EN LA SESIÓN SOLEMNE

ANTE EL CLAUSTRO DE PROFESORES DE LA ESCUELA

POR SU DIRECTOR EL PROFESOR

RAMÓN DE LA SOTA Y LASTRA

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJÍA

Y EN FILOSOFÍA Y LETRAS

EL DÍA 14 DE OCTUBRE DE 1900



SEVILLA

IMP. DE F. ALBISU, CERRAJERÍA 29, 31 Y 33

1900

NECROLOGÍA

DEL EXIMIO CIRUJANO

D. ANTONIO SALADO Y MORENO

24 cmj

R 68: 379



NECROLOGÍA

DEL DOCTOR

D. ANTONIO SALADO Y MORENO

CATEDRÁTICO FUNDADOR

DE LA ESCUELA MÉDICA DE SEVILLA

Y EMINENTÍSIMO CIRUJANO,

LEIDA EN LA SESIÓN SOLEMNE

ANTE EL CLAUSTRO DE PROFESORES DE LA ESCUELA

POR SU DIRECTOR EL PROFESOR

RAMÓN DE LA SOTA Y LASTRA

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJÍA

Y EN FILOSOFÍA Y LETRAS

EL DÍA 14 DE OCTUBRE DE 1900



SEVILLA

IMP. DE F. ALBISU, CERRAJERÍA 29, 31 Y 33

1900

SEÑORES DOCTORES:

GRAVE es el compromiso que voluntariamente contraí de historiar la vida del eminente cirujano D. Antonio Salado, honra de España, gloria de Sevilla y orgullo de esta Escuela de Medicina, en donde desde el día de la fundación de ésta, hasta el de la muerte del sabio profesor, le vimos resolver con acierto los más árdulos problemas que presentar suele el hombre enfermo, y ejecutar con destreza las más difíciles operaciones que la ciencia moderna ha discurrido para aliviar las miserias de la naturaleza humana. ¿Por qué, direis, me comprometí á tanto, cuando debía haber pensado en mi insuficiencia, y comparándola con vuestro superior entendimiento, ilustrado por el estudio constante y la práctica fecunda, debí conocer que cualquiera de vosotros, como profesores unos, discípulos y comprofesores otros, más inteligentes y más apropósito que yo todos, para exponer acertadamente y en el foco de luz necesario para que resaltaran las cualidades que adornaban al sabio maestro, lo habíais de hacer de ma-

nera, que todos apreciarían mejor sus grandes dotes y su mérito extraordinario?

No fué por desconocimiento de mi insuficiencia, por lo que me propuse hacer la necrología del Dr. Salado; sino porque sentí en mi interior la voz del deber, que me decía: ya que no lograste acompañar á la tierra los inanimados restos de tu amado condiscípulo, obligación tuya es, referir las virtudes y los méritos de aquel amigo, de quien tantas pruebas de verdadero afecto recibiste, y á quien tantas veces amor sincero juraste. Yo, señores, viví unido á aquél, á quien hoy todos lloramos, desde la época de nuestros estudios, desde aquellos felices días en que todo nos sonreía, y todo nos era grato, porque dentro de nosotros mismos, en el fondo de nuestro ser, palpitaba lo que hace la vida alegre y placentera, juventud no marchita por los vicios ni destrozada por los remordimientos. Y la amistad que entonces nos unió, se conservó pura y firme hasta la muerte, siendo para mí la gloria de D. Antonio Salado, algo de que yo también participaba y que nadie como yo apreciar podía; pues para conocer exactamente todo el mérito de este ilustre hombre, es necesario saber que á su trabajo constante, á su perseverancia jamás rendida, y á su virtud nunca desmentida, debió la consecución del eminente puesto científico y social, en que todos le hemos conocido, subiendo grado á grado desde la posición humildísima en que lo colocó la suerte al venir al mundo.

Efectivamente, D. Antonio Salado y Moreno nació en Sevilla el 22 de Diciembre de 1834, de padres pobres, pero honrados; los que sinó pudieron rodear á su hijo de los esplendores del lujo, ni de los prestigios de la opulencia, lograron modelar su corazón en las máximas de la más rígida moral,

y nutrir su espíritu con los inquebrantables preceptos del deber y de la virtud.

Estudió las primeras letras en la escuela más próxima á la casa paterna, y cursó latinidad y filosofía en el Instituto de Sevilla, que no se distinguía entonces, ni se distingue hoy, por lo esmerado de su enseñanza. De la deficiencia de esta primera faz de su carrera científica se resintió siempre el doctor Salado, y á esta defectuosa educación se debió que nuestro gran cirujano, no se atreviera á hablar en los Congresos, ni á escribir en los periódicos científicos y hasta que prefiriera ejecutar á hablar en cátedra.

Habiendo logrado el título de bachiller en filosofía, fué á Cádiz á estudiar medicina. Los escasos recursos con que contaba su familia le impidieron hacer sus estudios con la tranquilidad y la comodidad con que los hicimos otros más afortunados, pero no mejores que él. Para poder subvenir á sus necesidades, el joven estudiante entró de dependiente en una botica, en donde aprovechaba estudiando Anatomía las horas que el despacho de recetas y la confección de pócimas y jarabes le dejaban libres. Este trabajo asiduo, triste y mal recompensado, influyó notablemente en el carácter de mi biografiado, que aparentaba rechazar el trato de sus condiscípulos, cuando más lo deseaba, aunque no se atrevía á manifestarlo por temor á necias repulsas.

Mientras residió en la botica vivió aislado, pero al cursar el tercer año de su carrera logró una de las plazas de alumno interno en el Hospital clínico, y en ella se distinguió al momento, de tal modo, por la exactitud en el cumplimiento de su obligación, por la lucidez de su inteligencia, por su extraordinario aprovechamiento en el estudio, por su acierto en los diagnósticos y por su habili-

dad en las curaciones, que maestros y condiscipulos lo proclamaron el más digno de su tiempo y pronosticaron lo que llegaría á ser algún día aquel joven tan virtuoso como aplicado, que aventajaba á todos sus condiscipulos y admiraba á todos sus máestros.

El general aprecio no cambió su carácter; siempre modesto, y más que modesto humilde, recibía agradecido las pruebas de cariño que sus profesores se complacían en demostrarle, y tan gratas le eran, que ya en la ancianidad todavía las recordaba con gozo, y se complacía en referir que algunas mañanas del frío Enero, aquel sabio maestro D. Manuel José de Porto, que sólo tenía sonrisas para los estudiantes aplicados y buenos, se llegaba á su cama rodeado de los otros alumnos y de varios enfermeros y encargaba á éstos que despertaran al dormilón interno, y cuando éste des-pavorido abría los ojos, le calmaba diciéndole cariñoso: no se apure el buen Salado, vístase sin precipitación; pues natural es, que el que veló toda la noche cumpliendo su obligación, duerma la mañana, satisfaciendo las naturales exigencias de su joven organismo. Para valorar el mérito de esta frase, era preciso haber conocido al que la empleó, y las circunstancias en que se pronunció: no podía recibir mayor elogio el atribulado alumno; por eso lo recordaba placentero aquél que lo había merecido y que lo había recibido como un gran premio conquistado por su honradez, por su aplicación y por su raro aprovechamiento.

Concluyó Salado sus estudios, y con el título de Licenciado en Medicina, por único premio de sus penosos y prolongados trabajos, vino á Sevilla á luchar por la existencia; lucha terrible en que se consumen los más hermosos años de la juventud, viviendo el hombre sólo en medio del bu-

llicio general, buscando afanosamente trabajo para satisfacer con decoro las más perentorias necesidades; lucha en que se marchitan todas las ilusiones, y en que el hombre se encuentra frente á frente de las exigencias sociales, con la mente llena de esperanza y de temor, con el corazón afanoso y lacerado, con la voluntad decidida y aherrojada, y con el espíritu alarmado y confuso. Cuántas horas del día y de la noche hemos pasado todos, sumergidos en la densa nebulosa de lo porvenir, durante la época más alegre de la vida, meditando con tristeza la dirección que nos convenía tomar para abrirnos paso en un mundo en donde todo parecía conspirar á la ruina de los más delicados sentimientos y oponerse á la realización de los más nobles propósitos.

Salado, con su gran inteligencia, con el copioso caudal de conocimientos adquiridos á fuerza de estudio, y con una voluntad impulsada por la necesidad imperiosa, inclinó la frente, ahogó sus deseos, renunció á sus ilusiones y fué á buscar en el partido rural lo que no podía conseguir en la ciudad que lo vió nacer; desistió de la lucha diaria, que promete la victoria gloriosa, y fué á buscar en el *campo deleitoso* del poeta, el pedazo de pan exigido por la necesidad.

En Valverde del Río ejerció algunos años; como se condujo durante ellos todavía lo recuerdan los que de aquella época aún viven, y no hace mucho tiempo lo referían todos los habitantes de aquella localidad. En Valverde, como antes en Cádiz y después en Sevilla, se portó Salado como bueno, y procuró ser médico digno y ciudadano honrado; ganó el pan con el sudor de su frente, estudió cuanto pudo para corresponder á la confianza de los que le habían nombrado su médico titular, y de tal manera cumplió como debía, que

su nombre resonó en Sevilla, y cuando mortífera epidemia invadió nuestra comarca, uno de nuestros pocos próceres, verdaderamente ilustrados, lo solicitó con empeño, para que velara por la salud de él y por la de toda su noble familia, mientras en esta comarca hacía espantosos estragos la terrible enfermedad.

Cuando concluyó la epidemia colérica de 1865, Salado se estableció en Sevilla, se aprovechó de las relaciones adquiridas durante el cólera, y consiguió una plaza de médico de entrada en el hospital provincial de Sevilla. Allá fué aquel profesor entusiasta, allí vivió ignorado durante algunos años, entregado al estudio constante y á la observación del infeliz enfermo, y allí le encontró la creación de esta escuela de Medicina. En el cuadro de sus profesores se leía el nombre de don Antonio Salado y Moreno al frente de la asignatura de la histología normal y patológica, rama de la ciencia, apenas esbozada en España en aquella época, y que á todos nos era casi totalmente desconocida. No he olvidado lo que me dijo al verse agraciado con la asignatura antedicha; ¿en dónde estudiar puedo para salir con honra del árduo empeño en que me han colocado? Le indiqué los pocos autores que yo conocía, y exclamó con hondo pesar y gran decaimiento: ¡pero si ignoro el francés, si nó conozco más idioma que el español!

Vacó á los pocos meses la cátedra de anatomía descriptiva, y el doctor D. Federico Rubio, que había conocido accidentalmente á Salado en el hospital, comprendió que ninguno mejor que el joven médico daría esta difícil y nada simpática asignatura, y lo nombró catedrático de anatomía normal. Resistíase mi buen amigo á explicar una asignatura, cuyo conocimiento no poseía, pero el Doctor Rubio se mantuvo implacable, y tuvo

aquél que aceptar el nombramiento de catedrático de anatomía, pensando que con estudio y aplicación todo se alcanza.

¡Ah señores! la anterior Superiora de las Hermanas de la Caridad de nuestro hospital central, aquella Sor Ursula, de grata memoria, á quien se debió gran parte de los adelantos de este hospital, contaba á cuantos querían oirla, cómo Salado llegaba todas las noches con dos asquerosas y mal olientes velitas de sebo, y le rogaba, que si durante la noche se necesitaba al médico de guardia, se dignara ordenar que lo buscaran en el anfiteatro anatómico, pues en él lo encontrarían trabajando sobre el cadáver, para conseguir conocer perfectamente la forma, la textura y la relación de los diferentes órganos y tejidos, á fin de poder explicar debidamente la asignatura que le había sido encomendada. Y así pasó varios años, hasta que las emanaciones cadavéricas cayendo sobre su delicado cuerpo, durante las frías y húmedas noches de procelosos inviernos, determinaron oftalmias infecciosas, que ulceraron las córneas transparentes y comprometieron la visión del estudioso profesor. Con qué tristeza, con qué angustia y con qué dolor me dijo abrazándome, en mitad de la calle, un día en que su enfermedad estaba más potente: — ¡Vea, usted, amigo mío, vea usted y mida mi desgracia: dos úlceras de Semis... me quedo ciego y pobre... un asilo es todo lo que me espera, ¡á los treinta y seis años!!!— No pudo continuar, el llanto ahogó su voz, yo hacía esfuerzos para consolarle, pero tampoco podía hablar, porque lo mismo que él, temía por su visión. Afortunadamente era Salado católico verdadero, y en la gran tribulación acudió al cielo, y Dios le oyó, y le concedió vida y salud para bien de él, de su familia y de la humanidad do-

liente que de él ha recibido tantos y tantos consuelos, que, aunque yo quisiera, me sería imposible enumerarlos.

Apesar de ser ya un profesor sabio y un práctico distinguido, su nombre no había salido del radio de la escuela, en ella se conocía lo que valía Salado, discípulos y comprofesores apreciaban todo su mérito, pero la generalidad de la gente no lo estimaba en lo que valía; en nuestra escuela tras la cátedra de anatomía se le confiaba la de operaciones y después de esta la de clínica quirúrgica; en la ciudad lo ocupaban tan pocos, que vivía en miserable tugurio y con extraordinaria economía atendía á todas las demás necesidades de la vida.

Pero llegó un día en que se le presentó una mujer con una mama tan voluminosa, que ponía espanto el mirarla. Tumores como puños, sobresalían en aquella ingente masa carnosa, su superficie estaba surcada por vasos de tanto calibre como el dedo pequeño, y tan enorme tumorización se unía al cuerpo por una ancha base.

¿Quién se atrevía á operar aquella monstruosidad? ¿No se debía suponer que al separar la voluminosa neoplasia, todas y cada una de las circunstancias operatorias había de traer aparejado un compromiso muy grave para la vida, y que el *shock* operatorio comprometería la existencia de la infeliz mujer? Todo esto era muy cierto, pero también lo era que dejarla sin operar más respondía á la pereza, al temor, á la insuficiencia ó al egoísmo del operador, que á la conveniencia de la paciente. Así lo comprendió nuestro amigo, y juzgando el caso á la luz de la ciencia y con el convencimiento de su idoneidad, se determinó á practicar un acto quirúrgico, de gran importancia, sí, pero no de imposible resolución. Estudió bien el caso, meditó detenidamente sobre

todos los accidentes operatorios, vió que todos podían ser evitados, ó corregidos, ó debidamente atendidos, inventó instrumentos, y confiado en Dios y en su destreza operó tranquilamente y separó todo lo enfermo, teniendo la satisfacción de ver á su operada libre de la horrenda afección, y al parecer radicalmente curada.

Desde este suceso, la reputación científica de D. Antonio Salado fué incommovible. Las personas inteligentes y las que no lo eran, confesaban con la misma ingenuidad y certeza, que el sabio profesor era un cirujano digno de alto renombre, y de que todos los pacientes se confiaran á él para el tratamiento de sus dolencias. Uno de los que más apreció el mérito de Salado, y de los que más contribuyeron á su alto renombre, fué el Doctor D. Federico Rubio y Gali, gloria de España y de la ciencia quirúrgica. Lo llamaba su discípulo predilecto; se complacía no sólo en presenciarse sus operaciones, sino también en servirle de ayudante en ellas, y declaraba que en España no había un cirujano que rivalizar pudiera con D. Antonio Salado. Los que le acompañábamos en sus graves y difíciles operaciones, decíamos también que no había cirujano más sabio, ni operador más hábil en España que D. Antonio Salado, exceptuando al maestro de los maestros D. Federico Rubio, y cuando íbamos á practicar alguna grave operación, aunque fuera de aquella especialidad, á que preferentemente nos dedicábamos, queríamos tener á nuestro lado al eximio cirujano y habilísimo operador, pues sabíamos que con él estábamos garantidos en los actos más apurados que surgieran. Él me acompañó cuando practiqué por vez primera la traqueotomía, la exofagotomía y la extirpación de la laringe, y su presencia en tales lances fué para mí prenda segura de acierto y fir-

me promesa de salir airoso de los más graves lances que presentarse pudieran. Tal confianza inspiraba Salado á sus comprofesores, y cuando estos le juzgaban de tan excelso modo, la generalidad de las gentes tenía que concederle la misma ó mayor estimación.

En poco tiempo el nombre del Doctor Salado corrió por Andalucía, como el de un cirujano digno de todo respeto y consideración, que igualarse podía con los más renombrados cirujanos extranjeros; y como estos juicios eran emitidos y sostenidos por todos los médicos de mayor renombre; el de Salado llegó á una altura, que consiguió lo que hasta entonces no se había logrado, que los cirujanos de la facultad de Cádiz no vinieran á operar á Sevilla y que los enfermos sevillanos no fueran á buscar dentro de las murallas gaditanas quien los operara en sus dolencias. La cirugía de Sevilla tenía una persona que podía sostener muy bien el prestigio de nuestra escuela al nivel del de las primeras del mundo.

Y este prestigio no se le concedió sin merecerlo, ni sin haber dado múltiples pruebas de que era digno de él. Salado practicó la operación del trépano, con feliz resultado muchas veces, las extirpaciones del maxilar superior y del inferior, con el mismo éxito, la amputación de la lengua y la separación de la glándula tiroides, lo mismo que la de la parótida y la de la submaxilar; más de cien veces le vi arrancar del cuello neoplasmas, desarrollados ya en la superficie, ya en la profundidad; ligó las carótidas tantas veces como las subclavias, reseco las costillas y los huesos innominados, hizo toracocentesis, laparotomias, gastrotomias, enterotomias, ovariectomias, y por cientos de cientos las tallas hipogástricas y perineales; amputó y desarticuló los miembros superiores é

inferiores, y para decirlo de una vez, puedo afirmar sin temor de exajeración, que no dejó de practicar una sola de las gravísimas operaciones consignadas hoy en los tratados de esta materia. Le vi ejecutar la mayor parte, y en todas le observé sereno y tranquilo, seguro de sí mismo, confiado en su destreza para acudir á todos los lances que presentarse pudieran. Hablaba poco y meditaba mucho, no se enfadaba con sus ayudantes, nunca se atropellaba, y procedía siempre con acierto y con seguridad. ¡De qué pocos operadores se puede contar lo mismo!

Mas si operando tenia Salado un gran mérito, diagnosticando era como verdaderamente le correspondía el título de gran cirujano. Ya he repetido en otra ocasión la afirmación de los autores del compendio de cirugía: «si Dupuytren y Boyer han hecho un papel tan brillante en la cirugía del siglo XIX, ha sido por la exactitud de sus diagnósticos, por la seguridad y precisión de sus indicaciones, más bien que por su talento operatorio.» Bien podemos aplicar esta sentencia al doctor Salado, pues la certeza de sus juicios quirúrgicos era tal, que rayaba en lo maravilloso. Había llegado á la plenitud de lo que el hombre de ciencia puede ser en España, es decir: á gozar de una reputación sólida entre todas las clases sociales; reputación adquirida paso á paso, noblemente y sin nube alguna, pues la moral médica de mi historiado rayó tan alta como su ciencia; se abrió camino, según he procurado hacerlo ver, trabajando sin descanso, diagnosticando y operando delante de los más reputados comprofesores, pero sin lastimar jamás el buen nombre de alguno de éstos, contribuyendo á la buena fama de todos, enalteciendo los méritos ajenos, disculpando el error ó el descuido de los otros profesores, aun-



que no fueran amigos suyos; porque él nunca conoció la envidia, siempre se regocijó con las glorias de los otros, y á formar las de algunos y á enaltecer las de todos, contribuyó con nobleza, con desinterés y con alegría. Acaso se dirá, que convencido de su mérito no le inspiraba recelo el de los demás, pues sabía que ninguno tenía fuerza para vencerlo y anularlo.

Si la modestia me lo permitiera, yo diría cómo le oí expresarse en algunas ocasiones, abrazando con entusiasmo al amigo, y refiriendo luego en todas partes la operación que había presenciado, llevando el elogio hasta la hipérbole. Salado no se resentía porque otro operara bién, él era el primero que lo proclamaba, y á él debieron su crédito algunos de los que despues más se han distinguido en Sevilla.

En cambio, él no se enorgulleció con los aplausos que escuchaba, así como cuando estudiante advirtió el aprecio de sus maestros y de sus discípulos sin desvanecerse; cuando logró que médicos y cirujanos y todas las clases sociales de Sevilla lo consideraran el más sabio doctor y el más hábil operador de cuantos en Sevilla vivían, él continuó suponiendo que no merecía el eminente puesto científico que todos le concedían. Esta sencillez, esta modestia, esta humildad eran las que á todos entusiasmaban, y más obligaban á confesar su valor científico.

Si Salado como cirujano ha merecido ser por todos ensalzado, como hombre social tenía condiciones tan hermosas, que todo el que lo trataba lo quería; y aun sin tratarlo, todos sabían las virtudes que lo adornaban. Preocupado con el estudio y gozando en la investigación de los padecimientos, cuando descubría la enfermedad que se le presentaba, sentía un placer tan grande que nin-

guna otra cosa se lo produciría mayor. Así se olvidaba de sí mismo, y se entregaba al trabajo con tal ardimiento que su no muy resistente organismo no había de poder soportar. Á las siete de la mañana en verano y en invierno ya estaba recorriendo las salas del hospital, y de ellas no salía hasta que el sol había hecho la mitad de su carrera. Entonces lo esperaban impacientes en sus lechos los enfermos de su numerosa clientela, y cuando veía á los más graves y se retiraba á su casa, la encontraba llena de pacientes, que acudían á su consultorio de toda Andalucía y de otras varias provincias. Raro era el día que se desayunaba antes de las dos ó las tres de la tarde, y muchas noches á estas mismas horas se le veía recorrer las calles de la ciudad para curar dolientes, que no había podido ver durante todo el día. Muchos años pasó durmiendo poco, comiendo precipitadamente y sin faltar nunca á su Hospital ni á su cátedra; no se le buscara en ninguna otra parte, porque él no tenía tiempo ni gusto más que para trabajar.

Y no se crea que la pasión de la ganancia, la *auri sacra fames*, era la que le impulsaba á agotar sus energías y á destrozarse su organismo: nada de esto; con la misma solicitud, con el mismo esmero y con la misma detención atendía al infeliz paciente hospitalario que al poderoso señor encerrado en su palacio. Si estaba enfermo, tenía bastante recomendación para que Salado lo atendiese, tratárase de quien se tratara, y si alguno era preferido, lo era el enfermo más grave, el que más necesitaba de los auxilios de la ciencia. La utilidad era consideración muy secundaria para nuestro biografiado; pidió sí al enfermo acaudalado lo que en conciencia ganado había, pero dió al pobre su ciencia y su dinero, y á muchos operados

les costeó la cura y mantuvo á sus familias mientras permanecieron en Sevilla ó estuvieron sin trabajo, sin que les faltara lo necesario para volver á sus casas, si habían venido de otros pueblos, ó para atender á todas sus necesidades, mientras carecieron de trabajo, si vivían en Sevilla. Así llovían sobre él las bendiciones de los infelices agradecidos, el más hermoso incienso que quemarse puede en el altar de la Misericordia.

El único recreo lo encontraba Salado en el seno de su familia, gozando con las caricias de sus hijos y el amor de su buena y apreciable esposa. Los pocos momentos que le dejaba libre el prolongado trabajo ya referido, los consagraba á su mujer y á sus hijos, y en los brazos de aquellos seres tan queridos encontraba la recompensa de sus solícitos cuidados. Salado era esposo amante y padre cariñoso, como había sido hijo respetuoso y hermano generoso; todos los suyos contaron con él incondicionalmente, pues sabían cuan noble y sensible era su corazón, y cuanto quería á las personas de su familia, no sólo á las más próximas, sino á las más remotas, á todas consoló en sus aflicciones, todos contaron con él en sus necesidades.

No podía ser de otra manera, cuando Salado quería á una persona, no quería á medias, quería con todo su corazón, con toda su alma, y ningún sacrificio le parecía grande, cuando se trataba de consolar ó de ayudar al pariente ó al amigo; con su dinero, con su influencia social y con su persona contaba todo aquel á quien él se había ofrecido; en su corazón generoso y en su alma noble no cabían recelos ni miserias; su mayor alegría se cifraba en poder ser útil á cuantos él amaba.

No siempre fué bien correspondido, la envidia y la ingratitud se cebaron en aquel amigo grande

por su ciencia y grande por su generosidad; pero semejantes decepciones, que á otro hubieran causado dolor y arrepentimiento, sirvieron para acrecentar más aún la nobleza de Salado, perdonó á los que tan mal correspondían á sus beneficios, y continuó prodigándoselos, probando de este modo que el hombre privilegiado sabe convertir en motivo de alabanza las injurias y las calumnias de las almas viles.

Una cosa le faltó á Salado, que la posteridad no puede perdonarle, la escritura de sus notables casos para enseñanza de los que no pudieron presenciarnos. Si Salado hubiera escrito un libro de clínica quirúrgica, tal y como él la había practicado, hoy se buscaría con afán, siempre se leería con fruto y se comentaría con elogio, y el nombre del sabio maestro no hubiera muerto nunca. Mil veces se lo rogué, y nunca lo encontré propicio; tenía horror á la escritura, en mi concepto á causa de los defectos de su primera educación literaria y de su modestia excesiva. Creía que él no podía escribir en estilo llano, como exige la didáctica; pensaba que para hacer una obra científica era preciso conocer cuanto se hubiera escrito antes acerca de tal asunto. Aunque yo le manifestaba que cuanto más desprovisto de frases retóricas estuviera su libro, mejor se entendería, y que lo que perdiera por falta de empalagosa erudición, lo ganaría en espontaneidad y en verdad, no pude convencerlo y decidirlo á publicar una obra que al immortalizar su nombre, hubiera sido para esta Escuela el documento fehaciente de su valor científico y de la bondad de su enseñanza. Desgraciadamente no la escribió, y lo perdió su nombre, y lo perdimos nosotros. No sé si él se penetraría de la sinceridad de mis consejos, presumo que sí, pues en ocasiones me dijo: ¿cuándo

escribo? ¿No vé usted que paso el día viendo enfermos y operándolos, que caigo rendido por la noche, que no tengo un solo momento de descanso?

Argüía con la verdad, no disponía de una sola hora del día ni de la noche para dedicarla siquiera al estudio, leía dentro del coche, entre visita y visita, y era bien notorio á cuantos le tratábamos con intimidad, que exceptuando las cinco ó seis horas, que rendido se entregaba al sueño, y otra que empleaba en su manutención, todas las demás las pasaba en el hospital ó en la ciudad, reconociendo enfermos ó practicando las más graves operaciones quirúrgicas. Muchas veces lo encontré materialmente destrozado, sin poder dar un paso, con el espinazo dolorido, con la respiración entrecortada, con los músculos crispados, con la vista empañada, con la color pálida. Había pasado toda la mañana, ó toda la tarde, inclinado sobre el cuerpo del paciente, recorriendo con el dedo ó con el bisturi regiones sumamente peligrosas, en donde á un milímetro de distancia tenía la muerte establecido su imperio, en donde era necesario proceder con seguridad, precisión y prontitud, si se había de obtener el resultado apetecido, y apenas salvado un escollo, se presentaba otro, y vencida una grave dificultad, otra mayor surgía, y entre la vida y la muerte le había sido preciso continuar operando durante un tiempo, que por corto que fuera, le oprimió con tanta pesadumbre que lo sintió largo como una eternidad.

Tal es, señores, la vida del gran cirujano, de ese hombre digno de todo respeto y de toda compasión, y á quien el ignaro vulgo supone impávido al decidir las más graves operaciones, é indiferente al practicarlas. Si el estilo es el hombre,



según afirman los doctos, leed con atención las descripciones hechas por los operadores de aquellos actos quirúrgicos, en que la vida del paciente estuvo en peligro, y notareis como palpitan en aquellas frases el temor dominado, la angustia disimulada, el sobresalto reprimido, y una alegría no contenida el terminar felizmente lo que muchas noches le robó el sueño, y muchos días embargó todo su ser, pensando la manera más acertada de realizarlo, temiendo no lograrlo, y en ocasiones dudando si debía ó nó practicarse la operación. ¡Qué días tan terribles aquellos en que el cirujano examina con su ciencia y su conciencia la licitud de un acto, que causar puede la muerte del operado! De su decisión depende la vida de un desgraciado, que á él se confía, y que de él espera la salvación. Por estas razones el hombre honrado sufre, medita cuanto puede para resolver con acierto, pero antes de decidirse, tiembla.

Yo ví temblar al doctor Salado antes de resolverse á efectuar algunos actos quirúrgicos, que comprometían la vida; yo lo ví llorar, cuando inesperadas complicaciones arrebataron la vida á algunos de sus operados. Recuerdo perfectamente la extirpación de un sarcoma naso-faríngeo que llenaba todo el seno maxilar y todo el fondo de la boca, de tal modo que la deglución de los líquidos era ya casi imposible, y la respiración sumamente fatigosa. Salado no quería operar, suponía que el tumor estaba en parte dentro del cráneo, pero, como la muerte se adelantaba rápidamente, tuvo que decidirse, contemporizar por más tiempo, era esperar á que los progresos del neoplasma determinaran la muerte del pobre hombre, que la víspera de ser operado, al pasar la visita hospitalaria le dijo: «D. Antonio, en usted confío, acuértese de que tengo cinco hijos.»



Decir esto, á un hombre como Salado, era echarle al cuello un nudo muy apretado; aquella noche varias veces decidió no operar al día siguiente, pero la razón fría le obligaba á hacerlo, y cumplió su deber. Desgraciadamente el sarcoma, según había supuesto el profesor, venía del interior del cráneo, y la operación no pudo terminarse como debía: el enfermo murió septicémico, á los diez ó doce días de operado. Mucho después recordaba aflijido el ilustre operador, los cinco hijos de aquél desgraciado; los iba á visitar derramando lágrimas, y los socorria abundantemente para hacer menos triste la situación de los huérfanos.

Así cumplía D. Antonio Salado sus deberes de gran cirujano y de gran cristiano, así sabía ponerse en paz con su ciencia y con su conciencia.

Pero este ingente trabajo, este sufrimiento constante, este sacrificio de su vida por salvar las de sus enfermos, tenía que producir sus naturales resultados. El organismo de D. Antonio Salado no era de los más resistentes, y poco á poco fué rindiéndose, más que al peso de la edad, á la ruda labor, que me propuse describir. Sus amantísimos amigos le advertimos la necesidad del descanso, le suplicamos que diera treguas á su continua lucha, que buscara en el campo el descanso del cuerpo y la tranquilidad del espíritu. Una sola vez parecía haber escuchado nuestro prudente consejo; y con el pretexto de la enfermedad del hijo de un amigo suyo muy querido; fué á la sierra á pasar una semana. ¡Qué tiempo tan corto, y sin embargo cuanto agradeció su cuerpo aquel sosiego! Cuando volvió á nuestro lado parecía otro hombre, había, sinó desaparecido, disminuido notablemente la anterior demacración; á la palidez de sus mejillas había sustituido

saludable sonrosado, su respiración era silenciosa, su mirada viva, sus movimientos ágiles, todo su ser expresaba alegría y bienestar.

Por desgracia, tan notable mejoría, en tan corto tiempo alcanzada, duró muy poco; volvieron los insistentes catarros, se multiplicaron las fiebres intercurrentes, y se vió obligado á renunciar al ejercicio de su profesión, y á entregarse á los cuidados y al amor de la familia. Allí rodeado de su esposa, de sus hijos, de sus parientes y de sus amigos, pasó Salado el último año de su vida, triste por sentirse imposibilitado para cuidar sus enfermos, alegre por experimentar el amor de todos aquellos que eran el encanto de su vida, el consuelo de su alma. Para él amar y ser amado era una necesidad imperiosa, así no fueron sus últimos días tristes y amargos, como lo hubieran sido para otro; él tuvo la consideración de todos los que lo trataron, los profesores de esta Escuela lo queríamos y teníamos especial placer en confesar su mérito, y en honrarnos con su amistad, aquellos amigos que recibieron sus beneficios, los declaraban y se mostraban agradecidísimos, con pocas excepciones; su familia procuraba demostrarle su amor y su cariño, para alegrar sus últimos días, y hasta la Providencia parecía complacerse en no agravarlo, pues su enfermedad no vino acompañada de fuertes dolores, ni de graves sufrimientos, fué apagándose lentamente su vida, como se extingue la llama de la lámpara, falta de potencia lumínica. Salado después de cumplir sus deberes religiosos fué á recibir el premio de sus muchas virtudes, el día 4 de Agosto de 1900.

Época triste será ésta para toda su familia, para todos sus amigos, para nuestra querida escuela, y para Sevilla toda, que con dificultad volverá á tener un cirujano de tanto mérito y un ciudada-

no de tanto prestigio. Por eso le lloran sus deudos, sus amigos le alaban y nosotros le honramos. En él aprender podemos cómo el hombre trabajador y bueno, puede elevarse desde la posición más humilde hasta la más alta jerarquía del orden social; no es necesario para esto maldecir del cielo y de la tierra, revelarse contra Dios y contra los hombres, renegar de las leyes divinas y humanas; nó, nada de esto conduce á la deseada felicidad; la que se puede lograr en esta vida se alcanza humillando nuestra soberbia, resignándonos á nuestra suerte, trabajando cuanto lo permitan nuestras fuerzas para sobresalir entre nuestros semejantes, y si hay otros mejores que nosotros, procuremos imitarlos sin envidiarlos, aventajarlos sin denigrarlos, vencerlos sin maltratarlos. Sea nuestra emulación noble y santa, arranquemos de nuestros corazones la roedora envidia, vivamos para lo bueno si hemos de morir como buenos, como murió D. Antonio Salado, si pretendemos que se nos honre y se nos recuerde, como nosotros honramos hoy y recordaremos mañana y siempre á aquel eximio comprofesor, prez y gloria de la Escuela Médica Sevillana. Sea su nombre enaltecido y reverenciado, y al pronunciarlo las generaciones venideras háganlo como nosotros lo hacemos hoy, con respeto y con amor.

HE DICHO.

